

# EL MENSAJE DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

ANDRZEJ F. DZIUBA

El servicio del pueblo de Dios de la Nueva Alianza en los tiempos escatológicos se realiza con aplicación de métodos, personas y medios determinados. Toda esta obra debe tener su identidad, tanto en relación con la obra social, como con la religiosa.

Es indispensable tener conciencia de que Jesucristo, muerto y después resucitado, centro del cosmos y de nuestra historia, nos envía a nosotros como continuadores de su obra de salvación y testigos de la esperanza y de la vida. Él mismo respalda y fomenta nuestra fe, nuestra esperanza y el amor cristiano. Este donativo debe contribuir, igualmente, a la formación de una sociedad terrena más justa, fraternal y solidaria. Cristo también cumple con su deber respecto a su Santísima Madre en la riqueza de la comunidad del pueblo de Dios, es decir, de la Iglesia. María es sobre todo un ejemplo de un amor inagotable y cuajado de misericordia.

Entonces, la opción fundamental es pregonar un Cristo que es la vida y la esperanza de cada comunidad. Este es un espíritu adecuado a la nueva evangelización, su base y su sentido. La Iglesia debe ser más evangelizadora y más misionera, más justa y más solidaria, para orientar a la gente hacia la cultura de la vida y la esperanza.

## 1. JESÚS CRISTO, NUESTRA VIDA Y ESPERANZA

«He venido para que (las ovejas) tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10).

Los caminos del pueblo de Dios de la Nueva Alianza están marcados por el realismo de la presencia de Jesucristo, tanto con relación al hombre como al mundo. Es un donativo singular de Su presencia en los tiempos escatológicos de la historia de salvación. Sin embargo, el conocimiento y la fuerza creadora de Jesús de Nazaret requieren la ani-

mación de las actitudes personales del hombre creyente y de la comunidad eclesíástica.

La observación de la vida y la visión del futuro de la predicción del mensaje de Jesucristo nos muestran la necesidad de tomar posición respecto a la nueva evangelización. Aquí es preciso, asimismo, reconocer los signos de los tiempos, mediante los cuales Dios habla al hombre y al mundo. Hay que hacer todo lo que respalda la obra de la creación del Reino de Dios, y al mismo tiempo, oponerse a todo aquello que le es contrario, ya que existen actualmente muchas obras opuestas al realismo saludable de Jesucristo, ofrecido a los hombres<sup>1</sup>.

En la realidad del hombre y del mundo aparece una de las preguntas fundamentales: ¿quién es capaz de liberar al hombre de esas fuerzas que lo conducen a la muerte? Sólo la fuerza salvadora, que merced a la gracia de Dios nos propone Jesús, nuestro Señor y Salvador. Su misterio pascual nos da la esperanza y la posibilidad de lograr la plenitud humana. Para eso se necesita la plena cooperación de cada uno, procedente de la riqueza de la dignidad personal del hombre. Eso, sin embargo, requiere la superación de sí mismo y sobre todo, de sus debilidades y pecados.

A los numerosos desafíos que nos trae la hora actual, contraponemos la esperanza cristiana, la cual requiere, sin embargo, que pongamos nuestra confianza en Dios. Por otra parte, ésta es una de las dimensiones de nuestra fe. Los verdaderos discípulos de Cristo están particularmente abiertos a los valores relacionados con la dignidad humana. Se necesitan testigos firmes de la fe, que lleguen a ser la esperanza, ante las tristezas, lágrimas o penas de la evangelización.

En el poder de Cristo resucitado, todo esto se convierte en un donativo real del camino actual de la evangelización.

En la época contemporánea es necesario ser un claro y vivo mensajero de la esperanza, de la esperanza basada en las obras de Dios, en la lealtad a sus palabras, que tiene su fundamento final en la seguridad de la Resurrección de Cristo. Este don será siempre eficaz y fructífero. Su pleno triunfo sobre el pecado y la muerte es el mensaje y la fuente de toda la evangelización durante la peregrina-

1. «La Iglesia tiene el deber de examinar siempre los signos de los tiempos y explicarlos a la luz del Evangelio para que de un modo asimilado a la mentalidad de cada generación pueda responder a los hombres a sus eternas preguntas concernientes al sentido de la vida actual y futura, así como a su relación recíproca. Es menester, pues, conocer y comprender el mundo en que vivimos y a veces también sus expectativas dramáticas, aspiraciones y particularidades» (KDK4). Cfr. JUAN PABLO II, Exhortación apost. *Pastores dabo vobis*, Città del Vaticano 1992, n. 10.

ción terrena. Es un garante del desarrollo y de la plenitud de la calidad humana<sup>2</sup>.

Es indispensable ser un hombre de fe, que tiene la confianza en las promesas de Dios y por eso goza de tranquilidad y seguridad al mirar hacia el porvenir, aunque la actualidad tampoco le es indiferente. Al fin y al cabo, sólo Dios, lleno de amor, dirige la historia, y el verdadero amor siempre es seguro y digno de confianza. El que es amado, tiene la esperanza de serlo también en el futuro, ya que sabe que el amor no conoce límites de tiempo ni el fin de su duración. Es uno de los dones extratemporales.

Dios, en diferentes momentos históricos, ha mostrado a los hombres que pueden confiar en Él. Se puede ver en Él una base y un garante de nuestro camino de la vida. El colmo de su obra es el donativo de Jesucristo: «el amor de Dios al hombre se manifestó en que envió a su hijo unigénito al mundo para que tengamos la vida gracias a él» (1 Jn 4, 9-10). La entrada fructífera de Jesús en la historia quedará para siempre como un signo del nuevo tiempo mesiánico. Es difícil, desde entonces, esperar un donativo mayor ofrecido por el Creador al hombre y al mundo<sup>3</sup>.

Con la venida de Cristo al mundo, el Padre nos dijo el «sí» definitivo (cfr. 2 Cor 1, 20), el que garantiza su decisión irrevocable de salvación en beneficio de todos. El nacimiento de Jesús es el inicio del Evangelio o el anuncio de la Buena Noticia; todo lo que Él hizo y dijo no fue sino un testimonio de que comenzaba el año de gracia del Señor (cfr. Lc 4, 19). Fue el principio del cumplimiento de numerosas profecías y al mismo tiempo de las esperanzas de la Antigua Alianza<sup>4</sup>.

2. «La tarea que les aguarda en los días próximos es difícil, pero empréndanla bajo el signo de esperanza, cuya fuente es Jesucristo resucitado. Su misión es pregonar la esperanza de la que habla el Apóstol Pedro (cfr. 1P 3, 15), la esperanza basada en las promesas de Dios y en la fidelidad a sus palabras, la esperanza cuya certidumbre es la Resurrección de Jesús, su triunfo definitivo sobre el pecado y la muerte, el primer mensaje y la raíz de toda evangelización, la base del progreso del hombre, el inicio de cada cultura cristiana auténtica, la cual sólo puede ser la de la resurrección y de la vida animada por el aliento del Espíritu». JUAN PABLO II, *La nueva evangelización, el progreso del hombre, la cultura cristiana. Discurso pronunciado en la apertura de los debates de la IV Conferencia General del Episcopado de América Latina*, Santo Domingo 12.10.1992, «L'Osservatore Romano», 12 y 24 (13/1992) 29.

3. Cfr. E. MALATESTA, *Interiority and Covenant. A Study on «einai en» and «menein en»*. In *the First Letter of Saint John*, Roma 1978, pp. 306-308; C. SPICQ *La théologie des deux Alliances dans l'Épître aux Hébreux*, RSPT 33 (1949) 19-21; J. GIBLET, *L'Alleanza di Dio con gli uomini*, en *Grandi temi biblici*, J. GIBLET (ed.), Alba 1968, pp. 37-39; T. GOFFI, *Carità speranza di Spirito*, Roma 1978, pp. 55-57; W. HRYNIEWICZ, *Wcielenia a misterium paschalne (Encarnaciones y el misterio pascual)*, RTK 26, 2 (1979) 53-65.

4. Cfr. G. HELEWA, *Alleanza nuova nel Cristo Gesù*, RVS 29 (1975) 121-127; GIBLET, pp. 35-36; P. GRECH, *Ermenéutica dell'Antico Testamento*, Roma 1977, pp. 115-125.

Jesús reúne en Sí todas las cualidades mesiánicas cuando anuncia la salvación máxima a todos los pecadores. «Id y anunciadle a Juan lo que estáis viendo y oyendo; los ciegos recuperan la vista, los muertos se levantan, se predica el Evangelio a los pobres» (Mt 11, 4-5).

Esto es el realismo de los signos de la Nueva Alianza, marcado por los hechos ocurridos por la gracia de Jesucristo.

El tema central de la predicación de Jesús es el advenimiento del Reino de Dios, que será gratuitamente ofrecido para la salvación de todos. Esto se refiere muy particularmente a los pobres, pequeños y pecadores. Estos hechos fueron acompañados por anuncios y señales, como los milagros, pero condicionados por la liberación de la humanidad del mayor cautiverio que es el del pecado, que pone obstáculos para el cumplimiento de la vocación de ser hijo de Dios. Es también una posibilidad para liberarse de toda clase de cautiverios<sup>5</sup>.

El signo central y la base de la fe, así como de la esperanza cristiana, es el Misterio Pascual, el advenimiento del Maestro de Nazaret según el Nuevo Testamento. Es el signo singular de su fructífero amor y de su vida, pero también de los mismos valores propuestos a los demás. En la muerte y la resurrección de Jesucristo, el Padre muestra a los hombres que el amor vence a todo, y hasta triunfa sobre el pecado y la muerte. El que cree en el Señor, no quedará defraudado y tiene la esperanza de la vida.

Dios, quien en el Antiguo Testamento se presentó como Creador y Dador de la vida (cfr. Gen 2, 7; Exod 37, 14), precisamente en Jesucristo aparece ante los hombres como Dios resucitado. Pero el Padre nos muestra el porvenir sólo en el poder de Cristo resucitado. Es en Él donde el hombre creyente participa en Su vida, la que vence la muerte, si lo acepta al mismo tiempo como al Salvador, lo que encuentra su cumplimiento en la resurrección definitiva: «El que cree en el Hijo, tendrá la vida eterna» (Jn 3, 36). Y en otro capítulo: «He venido para que las ovejas tengan la vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10)<sup>6</sup>.

5. «Al liberar a algunos hombres de las penas terrestres: hambre, injusticia y muerte, Jesús cumplió los signos mesiánicos. Sin embargo, él no vino para abolir todo el mal aquí abajo, sino para liberar a la humanidad del mayor cautiverio, el cautiverio del pecado, que es el obstáculo en su vocación de hijos de Dios y ocasiona todos los demás cautiverios del hombre» (*Catecismo*, 549).

6. Cfr. A. FEUILLET, *Le mystère de l'amour divin dans la théologie johannique*, Paris 1972, pp. 30-31, 41-69; MALATESTA, pp. 323-326; C.I. GONZÁLEZ, *Cristología. Tu sei la nostra salvezza*, Casale Monferrato 1988, pp. 21-22; H. ORDON *Eschatologia Czwartej Ewangelii (Eschatologia del Cuarto Evangelio)*, en *Biblia sobre el futuro*, L. STACHOWIAK-R. RUBINKIEWICZ (eds.), Lublin 1987, pp. 136-138; J. BLANK, *Krisis Untersuchungen zur johanneischen Christologie und Eschatologie*, Freiburg 1964, pp. 93-132; A. FEUILLET, *Les grandes lignes de la doctrine du Quatrième Évangile*, en *Où en sont les études bibliques. Les grandes problèmes actuels de l'exégèse*, J.J. WEBER-J. SCHMITT (eds.), Paris 1967, pp. 167-174.

Es la expresión central de la fe y de la esperanza cristiana. La fe en Cristo está relacionada con la afirmación: «Yo soy la resurrección y la vida. Quien cree en mí, aunque muera, vivirá y todo el que todavía está vivo y cree en mí, no morirá jamás» (Jn 11, 25-26). El manifiesto básico en el Evangelio es el mensaje del hecho alegre de que Cristo, Hijo de Dios, se hizo hombre, murió y resucitó por todos los hombres como un don de la gracia y signo de la misericordia de Dios. En Él, la totalidad de la obra fue animada por el amor obediente al Padre y en Él también a los hombres<sup>7</sup>.

La esperanza cristiana no significa esperar pasivamente un futuro mejor, es una proclamación de la actividad y el entendimiento de que solamente por la cruz se puede llegar a la claridad que conlleva la resurrección. La esperanza cristiana exige una obediencia cotidiana a Dios y el servicio al prójimo. Debe ser una lealtad que se caracteriza por el sacrificio y la generosidad, sobre todo en la obra de la conversión de los corazones. Es un camino que hace más fuerte la esperanza y que eleva la cruz al símbolo de la única esperanza.

El creyente verdadero es siempre un renovador activo del mundo, porque la obra que parte de la esperanza no le permite al hombre perder de vista su objetivo final, pero a la vez —por otra parte—, le ofrece el poder y la fuerza para su peregrinación cotidiana. Eso son los donativos para cambiar la realidad que nos rodea en el mundo, para acercarla y hacerla más conforme con los propósitos de Dios. Nada se puede excluir de esta esperanza, que tiene que abarcar al hombre en la plenitud de su riqueza personal y de su actividad<sup>8</sup>.

Respecto a las diferentes expresiones de la cultura de la muerte que se observan actualmente, el mensaje de la fe en Jesús, en su muerte y en su resurrección, es un desafío para el hombre de fe. Jesús es la respuesta de los creyentes al egoísmo, a la injusticia, a la falta de tolerancia y a la negación de la dignidad humana. Si el hombre cree en Jesús de Nazaret, que murió por nosotros y cuya muerte trajo una vida nueva, sabe que nuestra vocación es vivir para dar la vida por nuestro prójimo. En esto consiste el sentido más profundo de la existencia del

7. Cfr. K. ROMANIUK, *Ja jestem zmartwychwstaniem (Yo soy la Resurrección)* (Jn 11, 25). Conc. 6: 1970 z. 2s. 229-231; Ch.H. DODD, *The Interpretation of the Fourth Gospel*, Londres 1953, pp. 145-148; ORDON, pp. 133-138; BLANK, pp. 93, 132.

8. En esta perspectiva escatológica la tarea de los creyentes consiste en un nuevo descubrimiento de la virtud de la esperanza de la cual «ya escucharon antes, gracias a la proclamación de la verdad del Evangelio» (cfr. Col 1, 5). La posición fundamental de la esperanza, por una parte, no le permite al cristiano perder de vista su objetivo final que le da el sentido y el valor a toda su existencia; y —por otra parte— le suministra las bases firmes y profundas para su esfuerzo cotidiano de transformar la realidad de acuerdo a las intenciones divinas (JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Tertio Millenio Adveniente*, Città del Vaticano 1994, n. 46).

hombre. La vida encuentra su punto central, su sentido y su plenitud cuando se ofrece.

Se puede decir, entonces, que una adecuada posición cristiana, alerta y abierta en el tiempo, es de agradecimiento y adoración del Señor. Finalmente, cada hombre de fe está llamado para dar la vida por el prójimo, aunque esta entrega no siempre tiene la forma de un radicalismo pleno de amor. Pero todo esto es posible sólo con Cristo, quien nos dio un ejemplo y el poder del Espíritu Santo. Fue Él quien ofreció su vida por las ovejas, para que aquéllas la tengan en abundancia. Pero no es un llamamiento para destruir la vida, sino para crear un respeto a la misma, al amor y al desarrollo de la vida<sup>9</sup>.

Cristo muerto y resucitado, centro del cosmos y de la historia, es la verdadera vida y esperanza de los hombres y del mundo. No se le podrá nunca separar de esos valores. Él tiene que ser la opción fundamental de la obra de la nueva evangelización del Gran Jubileo del año 2000. Jesús es el centro de todas las obras de la Iglesia, del pueblo de Dios de la Nueva Alianza y de cada cristiano. Los cristianos, por su parte, deben ser los constructores de sus obras y los testigos de la esperanza y de la vida.

Jesucristo es la única esperanza y el único camino de la nueva evangelización. No se trata de simples palabras o nombres, se trata del realismo de la esperanza y de la vida. Su eterna permanencia en la historia escatológica del hombre y del mundo es una expresión extraordinaria del cumplimiento de la obra pascual de amor. Es un donativo perfecto, pero también es un desafío a los compromisos de la vida y del testimonio.

## 2. LA IGLESIA, EL SACRAMENTO DE CRISTO, LA COMUNIDAD DE LA VIDA Y DE LA ESPERANZA

La Iglesia, nacida en la Cruz del costado abierto de Jesucristo y animada por el Espíritu Santo, es signo y herramienta del Reino de Dios

9. «En este lugar nuestro pensamiento se convierte en una adoración y agradecimiento y nos lleva a seguir a Cristo (cfr. 1P 2, 21). Asimismo nosotros estamos llamados para ofrecer nuestra vida por nuestros hermanos, cumpliendo de tal manera con el verdadero sentido y destino de nuestra existencia. Podemos hacerlo, porque Tú, Señor, nos has dado un ejemplo, y nos has transmitido el poder de tu Espíritu. Lo sabremos hacer si todos los días, contigo y así como Tú lo hacías, seguimos cumpliendo con obediencia la voluntad del Padre. Permite pues, que sepamos con el corazón humilde y lleno de sacrificio escuchar cada palabra que sale de tu boca divina: de esa manera aprenderemos no sólo a “no matar” la vida humana, sino también aprenderemos a respetarla, quererla y fortalecerla» (JUAN PABLO II, Encíclica *Evangelium vitae*, Città del Vaticano 1995, n. 51).

en la tierra. Fue llamada en el tiempo escatológico para proclamar abierta y valerosamente que: «A este mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha hecho Señor y Mesías» (Hechos 2, 36). Él es el centro de la vida y del servicio del pueblo de Dios de la Nueva Alianza; es un don fructífero para el tiempo escatológico de la peregrinación terrestre. Los miembros de esta comunidad deben dar testimonio de aquel misterio pascual, es decir, de la muerte, la resurrección y la ascensión de Jesús<sup>10</sup>.

La evangelización es la misión básica de la Iglesia y contiene en sí la proclamación, la celebración y la vida en servicio al misterio de Jesús, el que «fue condenado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación» (Hechos 4, 25). Estos tres factores están abarcados en las dimensiones de salvación de las obras divinas de la Iglesia. Son las funciones fundamentales, y cada una de ellas lleva la señal de la exclusividad de comunidad y sacramento en Cristo. Tienen el valor de salvación junto con la Ascensión y la ocupación del puesto a la derecha del Padre<sup>11</sup>.

El objeto de la labor de la Iglesia y de su fe es el acontecimiento de la Resurrección, merced a la cual Jesús fue adorado como el Señor. Con la resurrección se asocia inseparablemente la muerte, ya que la muerte y la resurrección son factores inseparables del acto de la salvación: la muerte es el aspecto negativo de la salvación, es decir el perdón de los pecados; la resurrección por su parte produce un efecto positivo, la justificación, o sea el asemejamiento a Jesucristo. Él proporciona su vida divina en la obra del pueblo de Dios.

La presencia y la actividad de la Iglesia están encaminadas a que todos alcancen la nueva vida que ofrecerá Jesús por el Espíritu Santo. Cuando los corazones se abren y se dejan transformar por la Palabra de Dios, surgen las comunidades cristianas, vivas y dinámicas. Comunidades cristianas que viven con la caridad fraternal, a semejanza de los primeros discípulos, y llegan a ser un signo convincente e invitan a otros hombres a integrarse en la Iglesia de Jesucristo.

10. Cfr. J. GALOT, *La rédemption-mystère d'alliance*, Paris 1965, pp. 45-71; D. MONGILLO, *L'esistenza cristiana: peccato e conversione*, en *Corso di morale*, T. GOFFI, G. PIANA (eds.), t. 1, *Vita nuova in Cristo (Morale fondamentale e generale)*, Brescia 1983, pp. 526-528; R. SCHNACKENBURG, *L'esistenza cristiana secondo il Nuovo Testamento*, Modena 1971, pp. 39-42; A. SUSKI, *Wezwanie do pokuty w Nowym Testamencie (El llamamiento a la expiación en el Nuevo Testamento)*, AC 89 (1977) 26-29; K.H. SCHELKLE, *Teologia Nowego Testamentu (Teología del Nuevo Testamento)*, t. 3, *Etyka (Ética)*, Cracovia 1984, pp. 59-61; A. HULSBOSCH, *La Conversione nella Bibbia*, Bari 1970, pp. 75-100.

11. Cfr. H. LANGKAMMER, *Eschatologia sw. Pawla*, w *Biblia o przyszlosci (Escatología de San Pablo, en Biblia sobre el futuro)*, pp. 79-91; O. MERK, *Handeln aus Glauben. die Motivierungen der paulinischen Ethik*, Margburg 1968, pp. 54-57; V.P. FURNISCH, *Theology and Ethics in Paul*, Nashville 1968, pp. 115-132; H. LANGKAMMER, *Etyka Nowego Testamentu (La ética del Nuevo Testamento)*, Wrocław 1985, pp. 156-157.

El mensaje de salvación pregonado alumbrado y abre los caminos en situaciones de incertidumbre y falta de esperanza, en las que a menudo se debe vivir. Pero es importante la predicación del Evangelio en forma comprensible, de modo que llegue a diferentes medios y culturas, de manera que «cada uno oiga predicar en su propia lengua» (Hechos 2, 6). Todos los que se adhieren a la Iglesia tienen el deber y la necesidad permanente de convertir a los hombres, para cumplir mejor con la obligación de la vocación misionera: la confirmación de palabras por los hechos de la fe, que han recibido como un donativo para el mundo.

La obra de la Iglesia, el cumplimiento de los misterios de la fe, debe ser marcada con la conciencia de la presencia de Jesucristo, quien cumple realmente con su promesa de quedarse hasta el fin de los tiempos (cfr. Mt 28, 20)<sup>12</sup>.

De ahí que las plegarias y la liturgia deben edificar una Iglesia viva y ser un impulso para una mejor comprensión y cumplimiento de su misión social y apostólica. La misión evangélica abarca, aparte del bautismo, la enseñanza de observar todo lo que Jesucristo ha mandado. El depósito de fe heredado debe ser conservado sin deformación alguna (cfr. 1 Tm 6, 20). Es importante, pues, el dinamismo de observar los mandamientos dados por Jesucristo.

Los creyentes están llamados para ser un símbolo de la comunidad para el mundo: «Puesto que el pan es uno, entonces nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo. Es que todos comemos de un mismo pan» (1 Cor 10, 17). La administración de la Eucaristía permite aceptar la riqueza y la variedad carismática y de vocaciones requeridas por Jesucristo. El sacramento del amor no sólo une a los fieles con Jesucristo, sino también los une entre sí, y el pan es un símbolo que expresa esta realidad<sup>13</sup>.

12. Cfr. G. BONNET, *Au nom de la Bible et de l'Évangile, quelle morale*, Paris 1978, pp. 83-85; W. VOGELS, *God's Universal Covenant. A Biblical Study*, Ottawa 1979, pp. 134-147; J.M. FAUX, *La foi du Nouveau Testament*, Bruselas 1977, pp. 375-380; C. CAFFARA, *Viventi in Cristo*, Milano 1981, pp. 19-25; LANGKAMMER, *Etyka (Ética)*, pp. 87-89; J. KUDASIEWICZ, *Cechy specyficzne etosu biblijnego (Características específicas del ethos bíblico)*, en *La corriente de problemas después del Concilio*, B. BEJZE (ed.), t. 14, *Chrzescijanska duchowosc (La espiritualidad cristiana)*, Varsovia 1981, pp. 73-75; E.E. ELLIS, *Paul's Use of the Old Testament*, Edinburgh 1957, pp. 126-129; E. TROCME, «*Avec Jésus*» et «*en Christi*», *RHPR* 42 (1962) 225-236.

13. Cfr. R. SCHNACKENBURG, *Nauka Moralna Nowego Testamentu (Doctrina moral del Nuevo Testamento)*, Varsovia 1983, pp. 161-162, 314; H.D. WENDLAND, *Ética del Nuovo Testamento*, Brescia 1975, pp. 105-107; KUDASIEWICZ, pp. 83-85; I. DE LA POTTERIE, *La connaissance de Dieu dans le dualisme eschatologique d'après I Jn*, II, 12-14, en *Au service de la parole de Dieu*, Mélanges offerts à A.M. Charue. Gembloux, pp. 86-99.



Sin embargo, esa variedad del pueblo de Dios se une en la peregrinación conjunta de amor, cuando se da cuenta de que siempre se trata de este mismo Señor. Este hecho se cumple en la sumisión al mismo y único Espíritu (1 Cor 12, 4; 11, 31). Los carismas cristianos, aunque sean diferentes y capaciten para diferentes funciones en la comunidad de la Iglesia, no son resultado del accionamiento de diferentes causas, sino que todas proceden del mismo Espíritu Santo, al igual que son diferentes todos los modos de utilización de los carismas; sirven a diferentes objetivos, pero el objetivo definitivo de todos es el Señor.

Los dones del Espíritu Santo no se pueden merecer, ya que son la misma gracia<sup>14</sup>.

La comunidad cristiana está convocada para ser signo e instrumento de la conciliación, para anunciar a Ése que es «nuestra paz» (Ef 2, 14). La Iglesia por su parte no siempre debe ser dividida por criterios puramente humanos: «¿Acaso Jesucristo está dividido?» (Cor 1, 13). Es que Él murió por todo el mundo y cada división del pueblo de Dios es contradictoria a su obra salvadora. Se opone en primer lugar a la unidad del Cuerpo de Dios<sup>15</sup>.

La acogida cordial de Jesús muerto y resucitado nos abre a la disposición para con Él, mediante la vida y los servicios cumplidos. Cada uno, quien quiera ser un verdadero discípulo de Jesucristo, debe permanecer particularmente comprometido a llevar la buena noticia a los pobres, a anunciar la libertad a los presos y a traer la libertad a los oprimidos (cfr. Lc 4, 18). Son premisas prácticas y fructíferas para entender el amor al prójimo en los tiempos mesiánicos.

Vivir la preparación al Gran Jubileo del Año 2000, acrecienta en un cierto sentido la necesidad de anunciar el año de gracia del Señor (cfr. Lc 4, 19), sobre todo para los que más sufren y pasan por las pruebas duras de la vida. La fe no será auténtica y madura mientras no llegue a ser un fermento de cambio de nuestra vida personal y social en

14. Cfr. J.F. COLLANGE, *De Jesús? Paul: L'Étude du Nouveau Testament*, Genève 1980, pp. 228-231; S. GRABSKA, *Comment lire les Lettres de Saint Paul pour utiliser son enseignement dans la théologie morale contemporaine*, SMor 13 (1975) 58-59; A. JANKOWSKI, *Duch Wykonawca (Espíritu Ejecutor). Nowy Testament o posłannictwie eschatologicznym Ducha Świętego (Nuevo Testamento de la misión escatológica del Espíritu Santo)*, Katowice 1983, pp. 76-79; L. CERFEAUX, *Le chrétien dans la théologie paulinienne*, Paris 1962, pp. 271-286; Y. CONGAR, *Spiritot dell'uomo. Spirito Santo*, Brescia 1987, pp. 23-26; A. JANKOWSKI, *Zarys pneumatologii Nowego Testamentu (Esbozo de la pneumatología del Nuevo Testamento)*, Kraków 1982, pp. 48-62.

15. Cfr. A. VAN HOYE, *La nuova alleanza nel Nuovo Testamento*, Roma 1984, pp. 55-56; R.F. COLLINS, *The Berith-Notion of the Cairo Damascus Covenant and its Comparison with the New Testament*, ETL 39 (1963); A. JANKOWSKI, *Listy więzienne św. Pawła. Wstęp-Przekład z oryginału-Komentarz (Las cartas de la prisión de San Pablo. Introducción-Traducción del original-Comentarios)*, Poznań 1962, pp. 399-401.

su afán hacia la conformidad con los valores evangélicos, los cuales deben al fin tomar la forma de hechos concretos<sup>16</sup>.

Frente a numerosas situaciones tristes que podemos observar y que nos infunden pavor e incertidumbre, debe interponerse la actitud de responsabilidad, para que por su falta no se traicione el Evangelio de Jesús de Nazaret. Es preciso predicarlo con un todavía mayor fervor y energía, y viviendo con él un radicalismo cada vez mayor. Sólo merced a ello la Iglesia puede llegar a ser efectivamente una comunidad auténtica, promotora de la esperanza y de la vida nueva.

### 3. MARÍA, ESCLAVA DEL SEÑOR Y MADRE DE LA ESPERANZA

Al contemplar a la Santísima Virgen y su participación en la obra de la Nueva Alianza, encontramos en ella la inspiración creadora para ser hoy fieles discípulos y a la vez apóstoles de Jesucristo. Es el dinamismo de una fe emprendida, es decir, un fructífero encuentro simultáneo de la ciencia y de la vida, es la plenitud del hombre en la riqueza de su espíritu y su cuerpo.

Por su obediencia y su propia aceptación, María, en la anunciación del donativo hecho carne de la Palabra de Dios, llega a ser la Madre del Hijo de Dios y da a luz, primero en sus entrañas, a Ése que es la vida del mundo (cfr. Lc 1, 38). Su humildad y sumisión total a Dios se ven fructuosamente integradas en la obra de la salvación. Con esta decisión personal comienza la misión corredentora de estar junto a Jesucristo.

Al presentar a los pastores al recién nacido, Jesús, María ofrece en Belén a todos, y sobre todo a los pobres e infelices, la causa de la «gran alegría» dando a la humanidad el único Salvador (cfr. Lc 2, 10-11). Fueron ellos, sinceros y piadosos, dignos de recibir los primeros el alegre donativo mesiánico para la liberación del hombre y de la humanidad.

Sensible a las necesidades del joven matrimonio en Caná de Galilea, merced a su intervención material, la Mujer del Génesis da a los hombres de la nueva economía una señal de confianza en la fuerza de su Hijo, el cual también hoy quiere mostrar su gloria (cfr. Jn 2, 1-11). Aquella se manifiesta en los signos y puede ser percibida por aquellos quienes han

16. Todos los Jubileos se refieren en un cierto sentido a ese «tiempo», se refieren a la misión mesiánica de Jesucristo. Fue Él quien vino «ungido por el Espíritu Santo» como «mandado por el Padre». Es Él quien predica a los pobres la Buena Noticia, trae la libertad a los que carecen de ella, libera a los oprimidos y devuelve la vista a los ciegos (cfr. Mt 11, 4-5, Lc 7, 22). De ese modo Jesucristo realiza «el año de gracia del Señor» anunciándolo no sólo con palabras, sino sobre todo con sus hechos. El aniversario, es decir «el año de gracia del Señor», es un rasgo característico de la actividad de Jesucristo y no sólo una definición cronológica de esa actividad (Juan Pablo II, Carta Apostólica *Tertio Millenio Adveniente*, n. 11).

creído (cfr. Jn 1, 14; 6, 40; 11, 40). Es la armonía de la unidad del Hijo y de la Madre, encaminada sobre todo hacia los hombres<sup>17</sup>.

De la Cruz del Calvario, de la experiencia del sufrimiento y abandono, el Señor entrega a los hombres y al mundo a María, como la Madre de todos, y al mismo tiempo Ella se hace cargo de la tarea de enseñar cómo mantenerse fuertes frente a las difíciles pruebas del mundo, que no nos regatea la peregrinación por esta tierra (cfr. Jn 19, 26-27). Desde entonces, María-Mujer, con su atención materna, abarca a todos los redimidos por Jesús. El símbolo de su relación con Juan, llega al rango de la presencia materna en los tiempos escatológicos<sup>18</sup>.

En el comedor de la Última Cena, lugar singular del encuentro, María reúne a los primeros discípulos, desalentados, llenos de preocupaciones y dispersados, para rogar junto con ellos —y sobre todo para ellos— por el esperado donativo del Espíritu Santo (cfr. Hechos 1, 14). Cuán esperado fue el misterio de este lugar para el naciente nuevo pueblo de Dios. Una oración ardiente y su unanimidad nos muestra el camino hacia la armonía de la Iglesia.

El Papa invita a la humanidad del fin del siglo XX a caminar junto con María hacia el Gran Año 2000, viendo en Ella un «modelo de la vida» y «del aprendizaje fructífero», a fiarnos con todo el corazón en las promesas de Dios, como lo había hecho Ella, diciendo «fiat» en Nazaret. La cercanía mesiánica de Dios en Jesucristo, por intermedio de María y Su servicio, debe liberar en nosotros una esperanza llena de fe respecto a los nuevos tiempos.

María es la Madre de Cristo y a la vez la Madre de todos los hombres, y desde los principios de la historia de salvación de la Nueva Alianza, congrega a todos los hombres en torno a su divino Hijo, crucificado y resucitado<sup>19</sup>.

Su maternidad divina se completó en el misterio de la Cruz de su Hijo. Hasta el final María cumplía su tarea de la Madre respecto a la

17. Cfr. BLANK, pp. 93-132; A. FEUILLET, *Le prologue du quatrième évangile. Étude de théologie johannique*, Paris 1968, pp. 114-126; ROMANIUK, pp. 230-232; G.A.F. KNIGHT, *Law and Grace. Must a Christian Keep the Law of Moses?*, London 1962, pp. 61-64.

18. Cfr. J.M. CASABO, *La teología moral en San Juan*, Madrid 1970, pp. 323-332; A. DAUER, *Das Wort des Gekreuzigten an seine Mutter und den «Junger den er liebte»*. Eine traditionsgeschichtliche und theologische Untersuchung zu Joh 19, 25-27, BZ 12 (1968) 80-83; Ch.H. DODD, *L'interprétation du Quatrième Évangile*, Paris 1975, pp. 105-119; R. NIXON, *Fulfilling the Law: the Gospels and Acts*, en *Law, Morality and the Bible. A Symposium*, B. KAYE-G. WENHAM (eds.), Dovners Grove 1978, pp. 63-68; P. GACHTER, *Zur Form von Jo 5, 19-30*, en *Festschrift für J. Schmid*, Regensburg 1963, pp. 65-68.

19. «En su seno materno la Palabra se hizo hombre. La confirmación de la posición central de Jesucristo no se puede separar del reconocimiento del papel que cumplió Su Santísima Madre (...) María siempre nos lleva a su Hijo y llega a ser para todos los creyentes un modelo de la fe auténticamente vivida» (JUAN PABLO II, Carta Apost. *Tertio Millenio Adveniente*, n. 43).

verdad de que por su obra la Palabra se hizo hombre. Su frase siempre viva es: «Yo soy la esclava del Señor» (Lc 1, 38).

Uniendo a los hombres y el mundo con Cristo Redentor, Ella hace posible la vida en la comunidad de hermanos y hermanas, dándonos a la vez un ejemplo perfecto del amor a Dios y al prójimo. Este es un testimonio claro del camino de la vida de María, que con su voz materna nos hace recordar: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2, 5)<sup>20</sup>.

En numerosas apariciones confirmadas, la Madre de Dios demuestra a la gente su cariño y preocupación materna, ofreciéndoles su amor, su compasión y su protección. Aparece siempre como una participante activa, sobre todo en los tiempos difíciles de peregrinación de todos los hombres, no sólo de los creyentes. Desea ser relacionada especialmente con los más pobres y menospreciados, señalando su dignidad y sus derechos<sup>21</sup>.

La humanidad y el mundo de la Nueva Alianza experimentan muchos testimonios de la fidelidad de María y de su indicación de los caminos de la evangelización, sobre todo en los momentos más críticos de la historia contemporánea.

Esta unión en comunidad de la Madre-Mujer y de la humanidad, tiene un significado especial en los momentos de amenaza, experiencias difíciles y señales de pecados excepcionales, que conducen al camino de la destrucción y tragedia. Compadeciendo a los habitantes contemporáneos de esta tierra, María mediante el mensaje de sus apariciones y signos, nos hace sentir su presencia real entre nosotros. Gracias a Ella y a su intervención —a pesar de todas las crisis que sufrimos—, podemos tener esperanza en el futuro, ya que Ella siempre protege la vida de sus hijos.

El temor humano a las enfermedades y sufrimientos se contrapone al secreto del cosufrimiento de María, que hasta hoy permanece vivo al lado del sufrimiento del Hijo. Ella está aquí, siempre presente en la tierra, como la Madre de cada hombre de fe. ¡Con qué confianza podemos buscar la protección entre sus brazos contra todos los peligros! ¡Cuántas veces Ella es la salud y ayuda para muchos, tocados por experiencias negativas de nuestra humanidad imperfecta!

Muchas veces la elección de María, de hacer revelaciones a los niños y a los pobres simples pero sinceros, y su preocupación por las en-

20. «María dio una plena expresión al deseo de los pobres por Dios, brillando como modelo para todos aquellos que con su corazón eterno se entregan a la promesa de Dios» (*Tamze-Allí*, n. 48). En este amplio fondo de tareas, la Santísima Virgen María, hija elegida del Padre, aparece ante los ojos de los creyentes como un ejemplo perfecto de amor a Dios y al prójimo (*Tamze-Allí*, n. 54).

21. Cfr. Nican MOPOHUA, en G. ORTIZ DE MONTELLANO (ed.), México 1989, n. 120-121; A.F. DZIUBA, *Matka Boza z Guadalupe (Nuestra Señora de Guadalupe)*, Katowice 1995, pp. 21-34.

fermedades y sufrimientos, muestra el camino y el sentido de su mensaje. La Madre Santísima nos enseña y alienta para que tengamos consideración con la gente menospreciada, para que apreciemos a los más humildes y emprendamos los compromisos de evangelización con los más pobres. Ellos, especialmente, merecen nuestro amor.

Qué expresiva es en las revelaciones la solicitud de María, dirigida a los seglares, a que ellos lleven Su mensaje, sin temor, a toda la gente, a pesar de ser conscientes de su propia humildad o sencillez. Porque esa misión suya, merced a la gracia singular de María, se hace clara y comprensible, con lo que a todos les ofrece la posibilidad de asumir los compromisos respecto al mundo y a la Iglesia, compromisos que Ella transmite.

En toda la obra de la nueva evangelización hay que fijar las miradas y las esperanzas en Cristo, el Señor de la vida y el comienzo de nuestra esperanza. Ante los mensajes saludables dirigidos al hombre, éste tiene que ser consciente de la limitación de sus propias posibilidades. En las consecuencias del pecado se ven los obstáculos para la promoción integral de cada persona y los daños causados a la dignidad de toda la comunidad. Es el pecado lo que deforma y degrada numerosos valores culturales. El pecado lo como tal está presente también en la Iglesia como comunidad, y en cada uno de los miembros de la misma. Todo esto paraliza y debilita la labor de la evangelización.

A pesar de todo eso, no podemos perder la esperanza y decaer de ánimo (cfr. 2 Cor 4, 1). La inspiración la podemos encontrar en numerosos valores humanos y cristianos que existen en muchas tradiciones. A la debilidad hay que contraponer la esperanza «que ese poder tan grande, viene de Dios y no de nosotros» (2 Cor 4, 7). Al fin y al cabo, se trata de la obra del Señor en este mundo, que es digna de admiración.

El fin del siglo y del milenio que se acerca, es un momento adecuado para abrir nuestros corazones a la inspiración del Espíritu Santo. Él es un poder ofrecido especialmente para los tiempos escatológicos, para la salvación plena. María, la vida, la dulzura y la esperanza nuestra, es una estrella que con firmeza conduce los pasos de toda la humanidad y de cada hombre al encuentro con el Señor.

El Gran Aniversario del Año 2000 es una invitación a la alegría vivida junto con María, la cual adora al Señor (cfr. Lc 1, 46), ya que Él hace cosas grandes, a pesar de las señales del pecado, debilidad y abandono del bien. «La Iglesia se alegra de la salvación. A esta alegría invita a todos, creando unas condiciones especiales para que la energía saludable pueda ser parte de cada hombre»<sup>22</sup>.